

La Escuela de Demostración Pedagógica “Galación Gómez” como traducción mexicana de la Escuela Nueva: entre la teoría y la *praxis*

The “Galación Gómez” School of Pedagogical Demonstration as a Mexican Translation of the New School: Between Utopia and *Praxis*

Claudia Altaíra Pérez Toledo*

Resumen

Este trabajo examina la experiencia de la Escuela de Demostración Pedagógica “Galación Gómez”, una escuela laboratorio fundada por la Universidad Nacional de México (UNM) en la década de 1920, como reflejo de la ideología de la Escuela Nueva en México. Inspirada en John Dewey, Célestin Freinet y Ovide Decroly, su enfoque se centró en el niño como sujeto holístico, combinando la observación pedagógica, la salud, el entorno familiar y la vida comunitaria. Bajo la dirección de Juana Palacios y Sara Miranda Ruiz, se desarrolló un enfoque ético, científico y profundamente humano. La presente investigación histórico-pedagógica revisa fuentes primarias y secundarias para reconstruir la experiencia de innovación educativa que representó la Escuela de Demostración. Analiza, además, sus vínculos con la Escuela Normal Superior y con el contexto universitario marcado por las disputas entre la autonomía y el control estatal.

Palabras clave: Escuela Nueva, Escuela de Demostración Pedagógica, UNAM, Juana Palacios, Sara Miranda Ruiz, Escuela Normal Superior.

* Universidad Nacional Autónoma de México. Universidad Nacional Rosario Castellanos. ORCID: [<https://orcid.org/0000-0002-4890-1161>]. Correo electrónico: [cullapt@hotmail.com].

Cómo citar este artículo:

Pérez Toledo, C. A. (2026). La Escuela de Demostración Pedagógica “Galación Gómez” como traducción mexicana de la Escuela Nueva: entre la teoría y la *praxis*. *Revista Mexicana de Historia de la Educación, Dossier*, 2026, 43-61. <https://doi.org/10.29351/rmhe.v14i27.734>



Abstract

This work examines the experience of the Galación Gómez School of Pedagogical Demonstration, a laboratory school founded by UNAM in the 1920s, as a reflection of the New School ideology in Mexico. Inspired by John Dewey, Célestine Freinet, and Ovide Decroly, its approach focused on the child as a holistic subject, combining pedagogical observation, health, family environment, and community life. Under the direction of Juana Palacios and Sara Miranda Ruiz, an ethical, scientific, and profound human approach was developed. The historical-pedagogical research reviews primary and secondary sources to reconstruct this educative experience. It analyzes the links with the Escuela Normal Superior and the university marked by disputes between autonomy and state control.

Keywords: New School, School of Pedagogical, UNAM, Juana Palacios, Sara Miranda Ruiz, Escuela Normal Superior.

Introducción

A veces, los grandes cambios educativos nacen de las pequeñas propuestas, de la innovación y práctica de ejercicios didácticos que rompen con la tradición escolarizada, de experimentar con materiales escolares y cuestionar los cimientos teóricos sobre los que se asientan las prácticas en las instituciones educativas. La Escuela Nueva fue eso: una ruptura silenciosa y radical. Surgió como una crítica encarnada a la escuela de pupitre rígido y obediencia ciega. Y aunque nació en Europa hacia finales del siglo XIX, sus ideas comenzaron a recorrer el mundo educativo, tocando aulas muy lejanas en distancia.

En México, algunas de esas aulas se localizaron en la Escuela de Demostración Pedagógica "Galación Gómez",¹ un laboratorio pedagógico fundado por la Universidad Nacional de México (UNM) que puso a prueba los principios de esa una nueva forma de educar. Además de teoría, contaba con una búsqueda de datos empíricos: ahí, los niños eran observados con atención, no para evaluarlos, sino para entenderlos. Se analizaba su salud, su entorno familiar, sus modos de reaccionar. Los maestros enseñaban más allá de un púlpito; observaban, registraban y ajustaban (Palacios, 1931: 427). La enseñanza era una búsqueda inspirada en la matriz general de la Escuela Nueva, de la cual las ideas de John Dewey, Ovide Decroly y más tarde Célestine Freinet serían algunos referentes centrales.

¹ Para facilitar la lectura, en adelante se hablará de Escuela "Galación Gómez".

Y aunque el experimento fue breve, dejó huellas. Porque mientras duró, la Escuela “Galación Gómez” representó el corazón mismo de la Escuela Nueva: una pedagogía del respeto, del cuerpo presente, del pensamiento en movimiento (Palacios, 1931: 427). Esta investigación se pregunta por esa huella. ¿Quiénes la impulsaron?, ¿cómo funcionó?, ¿qué enseñanzas ofrece a quienes hoy, casi un siglo después, siguen creyendo que otra educación es posible?

Mientras se alzaban discursos oficiales sobre la modernización del país, el Estado, por medio de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y la Universidad Nacional de México, se empeñaba en dibujar una nación educada desde sus oficinas centrales, en la Ciudad de México se erigió algo distinto. La Escuela “Galación Gómez” fue parte de este esfuerzo modernizador. No se trataba de llenar pizarras ni repetir dictados, sino de abrir espacio al asombro, al juego, al trabajo compartido. Inspirada en el aire fresco de Dewey y en la osadía de la Nueva Escuela, ahí las infancias ya no eran contenedores de saber, sino sujetos en movimiento. Cada taller, cada observación del hogar, cada proyecto artesanal, era una forma de poner a la educación de pie, de devolverle cuerpo y sentido.

Este trabajo se inscribe en una perspectiva histórico-pedagógica con enfoque hermenéutico, orientado a reconstruir e interpretar el legado de la Escuela Nueva a partir del caso emblemático de la Escuela “Galación Gómez”, vinculada con la ahora Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). El estudio, sin embargo, no pretende una reconstrucción exhaustiva ni cronológica, sino un análisis intencionadamente transversal, que articule teoría, experiencia institucional y biografía educativa dentro de una narrativa crítica.

La metodología se basó en la revisión, selección y análisis de fuentes primarias y secundarias, contrastadas desde una mirada crítica y situada. Entre las fuentes primarias se encuentran artículos periodísticos de la época, documentos del Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM), la *Revista de la Universidad de México* (1931), particularmente los informes oficiales sobre la creación, la organización y el funcionamiento de la Escuela “Galación Gómez”. También se incorporó el documento “Observaciones complementarias” (s.f.) firmado por Juana Palacios, una pieza que reveló el enfoque pedagógico del proyecto y la sensibilidad social y científica con la que se abordaba el trabajo educativo.

Entre las fuentes secundarias se consultaron investigaciones académicas y artículos especializados que abordan el movimiento internacional de la Escuela Nueva, tanto en su origen europeo como en su adaptación al contexto latinoamericano y mexicano. Se recurrió también a obras de referencia sobre pedagogos como John Dewey, Célestin Freinet y Ovide Decroly, cuyas ideas influyeron en

la configuración teórico-práctica del proyecto educativo mexicano en cuestión. Además, se utilizaron estudios sobre historia de la educación y biografías institucionales que permiten ubicar a Juana Palacios y Sara Miranda Ruiz (profesoras que desarrollaron su trayectoria académica en las primeras décadas del siglo xx) dentro del reformismo pedagógico mexicano de la primera mitad del siglo xx. Asimismo, se analizaron trabajos sobre la historia de la UNM durante las décadas de 1920 y 1930, en los que se inscribe el contexto académico y político que dio lugar a esta experiencia innovadora.

La estructura del trabajo responde a un orden temático. El primer apartado introduce el contexto histórico e intelectual desde el cual se formula la pregunta por el legado de la Escuela Nueva y su apropiación en México. En el segundo se introduce el contexto histórico educativo de México en la década de 1920. En el tercer apartado se aborda el origen de la Escuela "Galación Gómez" y se detiene en el análisis de las figuras de las directoras Juana Palacios (Escuela Normal Superior) y Sara Miranda Ruiz (Escuela "Galación Gómez"), protagonistas del proyecto y como mujeres educadoras con ideas innovadoras para la época. El cuarto y último apartado entreteje la mencionada institución con las ideas de la Nueva Escuela, cuyo entramado involucra innovación metodológica, experimentación institucional y compromiso social, en vínculo con la Escuela. Finalmente, se cierra con una conclusión interpretativa que recupera los aprendizajes del caso y reflexiona sobre su pertinencia para los debates actuales sobre pedagogía, formación docente y justicia educativa.

Este enfoque busca reconstruir un episodio educativo poco explorado, y visibilizar su vigencia como modelo alternativo de formación en el contexto de una pedagogía crítica y humanista en México.

La Escuela Nueva: entre el descontento y la esperanza

La Escuela Nueva no nació en un solo lugar ni tuvo un único fundador. Más que un sistema cerrado o un manual pedagógico, fue una expresión colectiva de insatisfacción, un murmullo convertido en corriente pedagógica, una respuesta al malestar que provocan las aulas rígidas, las tarimas autoritarias, los silencios obligados. Surgió hacia finales del siglo xix como una reacción frente al modelo educativo tradicional: memorístico, disciplinario y uniforme. Aquel modelo que, con frecuencia, prefería a un niño quieto y callado. Pero hubo quienes se detuvieron a mirar distinto. ¿Y si el niño no fuera un molde para llenar, sino una semilla

con su propio ritmo?, ¿y si la escuela no fuera un lugar de imposición, sino de descubrimiento?

De ahí partieron muchas voces, cada una en su lengua, en su contexto, en su estilo, pero todas pulsando una misma idea: había que imaginar nuevas formas de educar en las instituciones escolares. En Estados Unidos, John Dewey se atrevió a decir que educar no era preparar para la vida, sino que era la vida misma. Para él, la experiencia debía ser el punto de partida, no el examen final. La escuela debía parecerse al mundo, no a un cuartel (González, 2001). En Francia, Célestin Freinet transformó las aulas en pequeños talleres editoriales donde los niños imprimían sus ideas, discutían sus preguntas y escribían para comunicarse. La pedagogía era acción, no teoría (Freinet, 1971). En Bélgica, Ovide Decroly organizó el currículo en torno a los “centros de interés”, ejes vitales que abarcaron la alimentación, la protección, el juego y el amor, desde los cuales se construyó el conocimiento con sentido (Cortés *et al.*, 2016). En todos los casos, el punto de partida era el niño real, cómo aprendía según su edad, según sus motivaciones. Un niño con cuerpo, emociones, preguntas y contexto.

Lo notable es que, sin haberse reunido en un consenso unificador, sin declarar dogmas ni líneas duras, estos pensadores y maestras, entre las que destaca María Montessori, se conectaban por una premisa compartida: el niño es sujeto activo. La educación debía estar viva, abierta al entorno, a la emoción, a la duda. Las y los docentes, por tanto, debían dejar de ser jueces o vigilantes, y convertirse en acompañantes, en quienes observan con atención, provocan pensamiento, acompañan los procesos.

La Escuela Nueva fue heterogénea, aunque coherente en su *ethos*. Se trataba, más que de métodos, de una postura ética: poner al niño al centro como presencia viva. A lo largo del siglo xx, sus ideas cruzaron fronteras. En México, aunque no siempre nombrada explícitamente, fue dejando huellas profundas. Se infiltró en los discursos del reformismo posrevolucionario, se coló en los planes de estudio de las normales, y, de manera más profunda, se anidó en la vocación de quienes entendieron que educar era despertar inquietudes (Narváez, 2006). De forma particular, tomó acción en la Escuela “Galación Gómez”

Hablar de la Escuela “Galación Gómez” sin mencionar a la Escuela Normal Superior (ENS) sería olvidar uno de los engranajes de su impulso pedagógico. Fundada oficialmente en 1924 en el marco de una serie de reformas universitarias promovidas por la Universidad Nacional de México (UNM) y la Secretaría de Educación Pública (SEP), la Escuela Normal Superior representó una apuesta por profesionalizar la formación de maestros de educación básica, con una base

científica, crítica y moderna. Pero su historia comenzó a gestarse algunos años antes, como parte de un proceso complejo de reestructuración académica que incluyó la creación de laboratorios educativos (Medel, 1992: 74).

Del proyecto nacional al espacio universitario: la profesionalización docente en la construcción del sistema educativo mexicano

Desde las primeras décadas de México como nación independiente hubo un notable esfuerzo para crear una infraestructura educativa oficial que, pese a la formulación de leyes de instrucción pública, la apertura de establecimientos oficiales de educación básica y de formación docente, fue insuficiente en términos de cobertura y esencialmente rural pese a la continuidad de los intentos de los diversos gobiernos que, por cuestión de espacio, no trataremos a detalle. No obstante, es destacable en este ímpetu educativo que, durante el Porfiriato (1876-1910), se redoblaron los esfuerzos gubernamentales en iniciativas de escolarización estatal y del personal educativo, muestra de ello fue el trabajo de Enrique Rébsamen, pedagogo suizo-mexicano, quien impulsó escuelas normales rurales y urbanas, para la formación docente e introdujo metodologías pedagógicas modernas inspiradas en modelos europeos.

A esa expansión se sumó la Ley de 1891, que declaró la enseñanza laica, gratuita y obligatoria; era un paso firme hacia la profesionalización del magisterio, aunque su alcance real quedó limitado, especialmente en zonas rurales. La tasa de analfabetismo seguía siendo alarmante: “en el año de 1895 cuando se levantó el Primer Censo General de Población, había en el país 12,632,615 habitantes, de los cuales 8,457,738 que representaron el 82.1% del total, eran analfabetas mayores de 6 años y solamente el 17.9% de la población total sabía leer y escribir” (INEA, s.f), datos que revelaban los alcances gubernamentales limitados y que habían permeado a nivel de élite más que al conjunto de la población. Pese a ello, estos esfuerzos construyeron los primeros cimientos que décadas más tarde servirían para levantar el Sistema Educativo Nacional. En este contexto, el reconocido intelectual Justo Sierra culminó la creación de la Universidad Nacional (1910), integrando distintas escuelas nacionales. La nueva universidad heredó un acervo formativo, un tejido y una orientación al positivismo que con la Revolución Mexicana debía reorientarse hacia un objetivo más inclusivo.

Tras el derrocamiento de Porfirio Díaz, la Revolución Mexicana renovó las prioridades, seguía la urgente tarea de atender al 78% de la población analfabeta (Pacheco, 2013: 1). El impulso más significativo se dio con José Vasconcelos, primero como rector (1920) y luego como secretario de Educación (1921-1924). Su política se tradujo en la expansión masiva de campañas de alfabetización, misiones culturales y programas de extensión universitaria que acercaron la universidad y las escuelas normales a obreros, campesinos y barrios populares.

Fue entonces cuando la función del docente se redefinió: se esperaba de ésta el compromiso social y la formación científica de alto nivel. Esta convergencia de ideas (laicidad posrevolucionaria, normalismo iniciado en el Porfiriato, universalización creciente y pedagogía crítica), creó las condiciones para la fundación de la Escuela Normal Superior.

La inclusión de la capacitación docente en la Universidad Nacional de México, especialmente en la Escuela Nacional de Altos Estudios (ENAE), convertida en 1924 en la Facultad de Altos Estudios, representó una de las decisiones estratégicas más importantes en la reestructuración educativa promovida por José Vasconcelos en el México postrevolucionario y por el connotado educador Ezequiel Chávez dentro de la Casa de Estudios (19 de septiembre de 1922). No fue una simple modificación administrativa, sino una reinterpretación del rol del magisterio en el nuevo proyecto nacional. En un país con altas tasas de analfabetismo, disparidades regionales y un entramado social fragmentado, el crecimiento de la educación implicaba aumentar el número de profesores. Sin embargo, no bastaba con expandir las escuelas; era esencial contar con profesores formados científicamente y con una percepción clara de su papel social.

Desde esta perspectiva, la universidad dejó de ser vista únicamente como un lugar para la educación profesional. Su responsabilidad se amplió para asumir un papel activo en la profesionalización del magisterio nacional. En este contexto, la ENAE se convirtió en el laboratorio preliminar de este nuevo modelo. Como su ley constitutiva establecía desde su creación en 1910, el proyecto contemplaba la capacitación de docentes para los niveles de secundaria y profesional, objetivo que se reactivó y expandió durante la administración de Vasconcelos.

Vasconcelos y Chávez, al integrar la capacitación docente en el ámbito universitario, también buscaban alcanzar un segundo objetivo, igual de relevante: la dignificación del trabajo de enseñanza. Relacionar al profesor con los contextos universitarios potenciaba su educación académica y fomentaba su reconocimiento social, reduciendo la brecha que históricamente había distanciado a los maestros de educación primaria de los expertos formados en las universidades.

Además, esta incorporación universitaria de la capacitación docente facilitó la unificación sistémica de la arquitectura educativa del país. Chávez consideraba que ninguna entidad educativa podía funcionar de forma independiente; todas debían unirse en un auténtico sistema, en el que unas prepararan a las otras y donde hubiese una unidad orgánica entre los diferentes niveles de educación. Por lo tanto, la Facultad de Altos Estudios se ideó como el emblema de ese sistema, responsable de perfeccionar y especializar al personal educativo que alimentaría tanto a las escuelas convencionales, como a las secundarias y profesionales.

La antigua Escuela Nacional de Altos Estudios no bastaba como se había conformado desde su creación en 1910. Para ello se reorganizó, se diversificó, se elevó a la categoría de Facultad, y junto con ella erigió esta nueva institución: la Escuela Normal Superior (Alvarado, 2023: 412-424). Su tarea no era menor. No buscaba repetir el modelo normalista decimonónico, sino construir otro: uno que pudiera formar a las y los docentes que estarían frente a secundaria, normal y preparatoria (Rector de la Universidad Nacional de México, 24 de enero de 1924). Gente capaz de enseñar, pero también de pensar el país.

Esta reestructuración académica, sin embargo, no se desarrolló en un vacío político. Por el contrario, el propio proceso de profesionalización docente que impulsaron Vasconcelos y Chávez formaba parte de una disputa mayor sobre el papel de la universidad dentro del Estado posrevolucionario. Unos años después, tras lograr su autonomía y convertirse en Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1929, la Casa de Estudios atravesó una etapa de inestabilidad institucional y confrontaciones políticas que reflejaban las tensiones más amplias del país. Particularmente en la década de 1930, la visión académica rigurosa se enfrentó con sectores estudiantiles y gubernamentales. Esta etapa estuvo caracterizada por debates en torno al sentido y los límites de la autonomía universitaria, especialmente frente al proyecto de educación socialista promovido por el gobierno de Lázaro Cárdenas. Durante esos años, la UNAM fue un espacio de confrontación ideológica, donde se presentaron proyectos culturales diferentes. Por un lado, el Estado buscaba que la Universidad fuera parte del aparato de transformación social; por otro, sectores académicos defendían su carácter autónomo y pluralista. A pesar de estas tensiones, la institución experimentó avances significativos en la organización académica, el desarrollo de nuevas facultades y la consolidación de una planta docente con orientación profesionalizante. Además, se fortaleció la reflexión interna sobre la función social de la Universidad, a partir de una educación humanista frente a la visión práctica del Estado (Pérez, 2021).

La UNAM debatía su papel como institución educativa al servicio del Estado o como espacio autónomo de pensamiento y formación. Aunque estuvo atravesada por conflictos, la máxima casa de estudios logró sentar bases para su posterior consolidación como referente nacional en la producción de conocimiento y formación de profesionistas. Esta ambivalencia entre dependencia política y autonomía institucional definiría su devenir a lo largo del siglo xx.

La Escuela de Demostración Pedagógica “Galación Gómez”: un laboratorio en tiempos convulsos

Con el objetivo de consolidar una identidad nacional, los ecos de la Revolución y el impulso del Estado reafirmaron la relevancia de la educación como actividad prioritaria política y social. Fue en ese contexto que surgió la Escuela de Demostración Pedagógica “Galación Gómez”, una escuela-laboratorio, anexa a la Escuela Normal Superior fundada por la UNM con un propósito claro: experimentar con nuevas formas de enseñar, romper la rigidez de los métodos tradicionales y formar docentes capaces de observar, reflexionar y transformar la práctica pedagógica.

Fue durante un momento en que México se pensaba a sí mismo como una nación moderna y democrática. Pero esa modernidad tenía que construirse desde la escuela. Por eso, no es casual que en las décadas de 1920 y 1930 se hablara tanto de “reforma educativa”. Era más que un discurso. Era la urgencia de articular universidad, normalismo y práctica docente en un sistema que, como defendía Ezequiel A. Chávez, no debía tener instituciones aisladas, sino engranadas entre sí (Alvarado, 2023). Esta idea de formar a profesores provenía desde el Porfiriato, etapa en la que se formuló la propuesta de la Escuela Normal Superior, la cual debía funcionar como una especie de vértice académico para quienes ya estaban en servicio (Ducoing, 2004). Décadas después, escuelas como la Galación Gómez experimentaron nuevas formas de enseñar para alimentar con vida y experiencia la política educativa.

El nombre del establecimiento escolar se inspiró en el educador Galación Gómez como figura individual, lamentablemente no hemos localizado más detalles biográficos, pero su nombre permanece inscrito en la historia de la educación mexicana gracias a una escuela que llevó su apellido. Fundada en 1927, su inicial denominación fue la Escuela de Experimentación Pedagógica “Galación Gómez”. Los fundamentos de esta escuela se remontan a las aspiraciones de

la Escuela Normal Superior de atender las bases científicas y pedagógicas para perfeccionar su quehacer docente, también contemplaría el ejercicio práctico de los conocimientos adquiridos (Güemes, 2003: 6) asimismo, buscaba remediar el "sistema de profesores sueltos que dedican al plantel una fracción de su tiempo y que no tienen más ligas con él que las del aula durante las contadas horas" (Ducoing, 1990: 189). De ahí surgió la necesidad de crear una institución anexa donde se pudiera observar, ensayar y validar aquello que se discutía en los cursos teóricos. Así, se formalizó el establecimiento, con sede en la calle de Arquitectura número 130 (Ducoing, 1990: 189). Esta escuela nació con el claro objetivo de servir como "clínica" de la Escuela Normal Superior, un espacio donde se pudieran aplicar, evaluar y difundir métodos de enseñanza con base empírica.

En aquellos años, la Universidad había reorganizado su estructura para incluir proyectos de educación experimental. La Escuela Galación Gómez surgió como parte de ese esfuerzo. Su tarea era ambiciosa: estudiar el proceso educativo desde una perspectiva científica, médica, psicológica y social (*Revista de la Universidad*, 1931: 333-334). En sus aulas se analizaba el rendimiento escolar, la salud física, el entorno familiar y los hábitos del alumnado y a partir del diagnóstico, la enseñanza se ajustaba al alumno.

Si la Escuela "Galación Gómez" tuvo alma, esa fue la de las profesoras Juana Palacios y Sara Miranda Ruiz. No sólo por haber sido las autoridades de la Escuela Normal Superior y Galación Gómez, sino porque encarnaron, con firmeza y sensibilidad, los ideales más profundos de la Escuela Nueva. Formadas en una época donde pocas mujeres accedían a espacios académicos de dirección, Palacios y Ruiz llegaron a dirigir instituciones educativas y lograron entretener saber pedagógico, conocimiento científico y compromiso social en una misma práctica.

Palacios contaba con una amplia experiencia educativa previa. De acuerdo con algunas noticias periodísticas, había regresado de Estados Unidos a comienzos del siglo xx, tras un viaje de formación que incluyó visitas a universidades y centros escolares de orientación progresista (*El Imparcial*, 2 de septiembre de 1902). Desde la Escuela Normal de Señoritas en Puebla hasta su labor como investigadora y promotora de la educación pública universitaria, la maestra Palacios defendió una pedagogía anclada en la realidad social, pero siempre iluminada por la esperanza (*El Popular*, 1 de marzo de 1904; *El Abogado Cristiano Ilustrado*, 21 de agosto de 1902, 16 de junio de 1904, 3 de agosto de 1905, 19 de octubre de 1910 y 17 de marzo de 1910).

En la Escuela Galación Gómez, su presencia fue transversal: redactó las líneas metodológicas, diseñó el protocolo de observación en el hogar y propuso el trabajo colaborativo entre docentes, psicólogos, enfermeras y trabajadoras sociales. Es de destacar que su enfoque partía de una premisa radical para la época: no puede haber educación efectiva si no se conoce la vida del niño más allá del aula. Por ello, articuló un sistema donde cada alumno era entendido desde su biografía, su familia, su cuerpo, su entorno (Palacios, 1931: 427).

Lejos de reproducir el autoritarismo que dominaba en muchas instituciones normalistas, la pedagoga, oriunda de Puebla, imaginó una escuela más cercana a la comunidad, donde el docente era un aliado del crecimiento infantil. Era una visión que integraba razón y afecto. El dato no excluía a la ternura, la estadística coexistían con la empatía. Como lo muestran sus escritos en los informes de la Rectoría de la UNAM, insistía en que el trabajo del maestro debía ir acompañado de una mirada amorosa pero crítica, capaz de nombrar las desigualdades sin resignarse a ellas (*Revista de la Universidad*, 1931: 427).

En ese sentido, Juana Palacios fue una educadora que entendía la educación como una herramienta de justicia social. Pensaba en la niñez como una etapa plena de significados (Palacios, 1931). La infancia, para ella, era un presente legítimo que exigía respeto, escucha y acompañamiento. Su pedagogía, influida por el ideario de la Escuela Nueva, asumía que cada niño debía ser entendido en su totalidad: en su contexto familiar, en su mundo emocional, en sus ritmos propios de aprendizaje (Palacios, 1931).

Gracias al programa integral de la Escuela Galación Gómez, Juana Palacios que consideraba la importancia de la observación física, psicológica y social del alumno, sirvió como espacio de experimentación directa para los futuros docentes egresados de la Normal Superior. Y lo que se observaba en los niños nutría la formación de los docentes en ciernes.

Palacios, gracias a su experiencia como profesora en la Escuela Normal de Señoritas de Puebla, sumada a su formación en el extranjero y a su firme apuesta por la experimentación educativa, se posicionó como figura capaz de articular la teoría pedagógica con la práctica transformadora. Ella entendía que formar docentes era dotarlos de sensibilidad científica y compromiso ético para observar, cuestionar y crear. Desde su participación en la Escuela Galación Gómez, impulsó el enfoque investigativo y la figura del maestro como sujeto que piensa (Palacios, 1931: 427).

Ilustración 1. Juana Palacios Mendoza



Fuente: *El Evangelista Mexicano* (22 de julio de 1913). Juana Palacios Mendoza. <https://elevangelistamexicano.org/art-intelec-juana-palacios-mendoza0001/>

Ambas instituciones, la Normal y la Escuela "Galación Gómez", compartieron una visión del maestro como profesional reflexivo. En un tiempo en el que las escuelas normales podían caer fácilmente en la repetición de manuales, Palacios y Miranda se arriesgaron a otro tipo de formación: basada en la experiencia directa con el niño, en la observación rigurosa y en la continua evaluación de la práctica. Como lo señala el programa de labores del establecimiento Galación Gómez, esta escuela se interesaba por "el desarrollo físico e intelectual" del alumno, por la eficacia y economía de los procesos pedagógicos, cuestionando incluso el número de años necesarios para una formación primaria completa (*Revista de la Universidad*, 1931: 336).

La alianza entre ambas escuelas fue burocrática y epistemológica. Se trataba de construir un nuevo tipo de saber docente, basado en la ciencia, que también considerara la humanidad del niño. En ese cruce, Juana Palacios anticipó metodologías modernas de evaluación y demostró que una pedagogía crítica podía dialogar con las políticas educativas de su tiempo. Desde ahí, su legado sigue interpelando a quienes creen que formar maestros requiere formar miradas capaces de transformar la realidad.

No debemos olvidar que, detrás del proyecto pionero que fue la Escuela de Experimentación Pedagógica Galación Gómez, existió una figura clave cuyo nombre merece ser recuperado: Sara Miranda Ruiz, primera directora de esta escuela-laboratorio vinculada a la Universidad Nacional de México. Su trayectoria estuvo llena de experiencias vinculadas por la docencia. Desde joven se distinguió en el ámbito educativo; por ejemplo, en 1905 ya contaba con el título de profesora y solicitaba el reconocimiento oficial de su salario como docente titulada en Puebla (*Boletín Municipal*, 29 de julio de 1905). Aquella petición, breve pero significativa, marcaba el inicio de una carrera pedagógica comprometida, que décadas más tarde se consolidaría en la vanguardia educativa del país.

Ilustración 2. Sara Miranda Ruiz



Fuente: AHUNAM, Expediente personal.

Sara Miranda Ruiz fue elegida como directora de la Escuela Galación Gómez, una elección que seguramente consideró su experiencia previa en la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Señoritas, así como su vinculación con los movimientos de educación técnica y socialista, la perfilaban como una profesional capaz de conjugar sensibilidad social y rigor formativo (*El Nacional*, 8 de diciembre de 1931 y 7 de diciembre de 1934).

Más allá del cargo, la profesora Miranda dejó huella por su participación en proyectos educativos y sociales orientados a mujeres trabajadoras. Fue ponente en el Congreso de Educación Socialista en 1934, donde junto con Miguel Huerta propuso una relectura de la enseñanza técnica desde los principios del socialismo mexicano. También dirigió la Escuela de Corte y Confección “Corregidora de

Querétaro", fundada en 1932 (*El Nacional*, 27 de enero de 1949), y participó en la Liga Femenina de Asistencia, institución con vocación comunitaria impulsada por Amalia Solórzano Bravo, esposa de Lázaro Cárdenas (*El Nacional*, 4, 14 y 15 de noviembre de 1936).

La labor de Miranda Ruiz como directora de la Galación Gómez fue integral. Además de coordinar tareas administrativas; se involucró activamente en los enfoques experimentales de la escuela, donde se promovía la observación pedagógica, el trabajo interdisciplinario, el servicio social y la participación estudiantil. Su liderazgo se inscribió en un momento de transición educativa nacional, donde se intentaba articular la pedagogía moderna con las demandas sociales de un país terriblemente desigual.

Por su trabajo, fue reconocida y condecorada durante el homenaje al magisterio en 1951 (*El Nacional*, 16 de mayo de 1951). Su figura, sin embargo, ha sido poco estudiada. Recordarla hoy no sólo es un acto de justicia histórica, sino también una forma de volver a pensar la educación desde mujeres que, como ella, creyeron en el poder transformador de la escuela.

El enfoque pedagógico de la Escuela de Demostración Pedagógica "Galación Gómez": ciencia, cuerpo y comunidad

Lo más revolucionario de la Escuela "Galación Gómez" fue su manera de concebir al niño y, al mismo tiempo, de pensar la formación docente. En un tiempo en el que la educación primaria aún conservaba ecos de la disciplina férrea, esta pequeña escuela-laboratorio se atrevió a pensar que cada alumno era un cuerpo con historia, no una mente por llenar (Medel, 1988: 98). Un sujeto concreto, situado, con necesidades materiales y afectivas. Se trataba de una postura humanista romántica con orientación profundamente crítica y científica, sustentada en saberes como la psicología, la sociología, la puericultura y la pedagogía experimental. Para ello, se conjuntaba la teoría, la práctica y la experimentación:

La investigación pedagógica se considera, naturalmente, como la más característica de una escuela laboratorio. Tiene, como la investigación psicológica, un carácter extraordinariamente complejo. El físico experimenta con material de cuya naturaleza objetiva no puede dudar; emplea, por regla general, procedimientos que la madurez de su ciencia ha hecho exactos. El biólogo obra sin restricción de ninguna clase sobre los organismos que estudia. El médico experimenta con ani-

males inferiores hasta obtener los resultados que le permitan aplicar al hombre los mismos procedimientos. El investigador en el campo pedagógico labora con seres humanos (*Revista de la Universidad*, 1931: 334).

La estructura pedagógica de la “Galación Gómez” respondía a cuatro áreas definidas: organización escolar, técnica de la enseñanza, higiene como mejoramiento social y educación física. En cada una se integraban profesores responsables, actividades de diagnóstico, campañas temáticas y acciones de colaboración con la comunidad. Se trataba de una concepción de escuela viva, abierta, experimental. Por ejemplo, en el área de higiene, se llevaron a cabo campañas contra la pediculosis, programas de educación moral por medio de la Cruz Roja de la Juventud, e incluso inspecciones médicas periódicas que involucraban a padres y madres de familia (UNAM, s.f.).

En el aula, el método predominante era el de proyectos y el de investigación. Los planes de estudio promovían el desarrollo del pensamiento autónomo, la experimentación activa y la participación del estudiante en la vida escolar. En este sentido, la escuela concebía al alumno como parte activa de su formación (UNAM, s.f.). Como se puede notar, la Escuela innovaba en sus métodos, en su concepción de la relación escuela-familia. Los padres de familia, por ejemplo, eran considerados aliados centrales del proceso educativo (UNAM, s.f.: 13).

Juana Palacios, directora de la Escuela Normal Superior de la UNAM, desde su trinchera impulsó la incorporación de trabajadoras sociales que visitaban los hogares de los estudiantes. Resultaba insuficiente saber cómo se comportaban los niños en la escuela, había que comprender las condiciones de vida, los cuidados, los silencios, las violencias o afectos que marcaban su cotidianidad (Palacios, 1931: 427). Esta mirada social, que hoy asociamos con la perspectiva de derechos de las infancias, ya estaba presente en las prácticas cotidianas de espacio escolar Galación Gómez.

A diferencia de otras escuelas normales, cuyo interés se centraba en la formación académica de los futuros docentes, la Escuela “Galación Gómez” buscaba formar una sensibilidad: una pedagogía de lo real. Sus egresados al tiempo que conocían los métodos, también aprendían a mirar con atención, a registrar sin prejuicios, a percibir lo que no siempre se dice con palabras. Este espacio se consolidó como un centro de formación y práctica docente.

Era, en suma, una institución/centro de enseñanza que entendía la pedagogía con ética, que no hay enseñanza justa si no se considera el cuerpo del niño, su casa, su contexto, su historia. Su enfoque se aleja de una moda, o una

serie de técnicas importadas. Fue una toma de posición frente a la desigualdad, una respuesta científica y humanista a los retos de enseñar en un país marcado por profundas brechas sociales.

Conclusión

La historia de la educación no avanza únicamente con decretos o planes de estudio; lo hace, sobre todo, cuando alguien se atreve a mirar distinto. Y eso fue, en esencia, lo que representó la Escuela de Demostración Pedagógica "Galación Gómez" dentro del panorama educativo mexicano del siglo xx: una mirada distinta, comprometida, radical en su ternura y científica en su método. Esta escuela-laboratorio fue la concreción de los principios de la Escuela Nueva en suelo mexicano, adaptada a las condiciones sociales de un país marcado por la desigualdad y el anhelo de justicia educativa.

Por medio del establecimiento escolar Galación Gómez se materializó una pedagogía que colocó a las infancias como centro del proceso educativo, en donde la retórica se acompañara del acto cotidiano de observar, comprender y acompañar. La estela de la Escuela Nueva se mira desde su concepción del niño, quien dejó de ser objeto pasivo del aprendizaje para convertirse en sujeto con historia, cuerpo, emociones y potencial. La enseñanza, por su parte, dejó de ser el acto de repetir verdades universales, para transformarse en una construcción compartida, cuidadosamente ajustada a las necesidades y capacidades del educando. Este viraje fue metodológico, fue político, fue ético.

El proyecto de la escuela partió de una concepción de la pedagogía incluyente: desde pruebas médicas, como influencia del pensamiento de Decroly, y antropométricas, hasta visitas al hogar, con la intención de analizar el carácter infantil y apoyar en la formación de docentes reflexivos. En ningún momento separó teoría de práctica, ni ciencia de afecto. En su visión, educar era comprender holísticamente al otro, para encontrar los caminos posibles de su desarrollo. El maestro, por tanto, era además de transmisor de contenidos, un agente social capaz de leer las huellas del entorno en la vida del niño y actuar con conocimiento y compromiso.

La articulación entre la Escuela Galación Gómez y la Escuela Normal Superior fue, en ese sentido, un acto de coherencia pedagógica. Mientras la ENS se proponía profesionalizar al magisterio con fundamentos científicos, la Escuela Galación Gómez ofrecía el campo fértil donde esos saberes se ponían a prueba,

se afinaban y cobraban sentido. El maestro egresado, dotado de herramientas teórico-metodológicas, había aprendido a observar con rigor, a cuestionar sus propias prácticas y a concebir la educación como una intervención cultural y social de largo alcance.

Hoy, que tanto se habla de innovación educativa, de personalización del aprendizaje o de inclusión, resulta urgente recuperar el legado de este proyecto. Porque lo que la Escuela “Galación Gómez” planteó en las décadas de 1920 y 1930 fue, de hecho, una pedagogía vigente. Su enfoque centrado en la singularidad del alumnado, su mirada integral que articulaba cuerpo, mente y entorno, su énfasis en la experimentación rigurosa y en la formación docente crítica, son principios aún vigentes. En un contexto marcado por profundas desigualdades, por el riesgo de una educación tecnocrática y por la presión de la inmediatez, su legado adquiere una fuerza renovada.

Lamentablemente, como suele suceder con los proyectos adelantados a su tiempo, la escuela fue suprimida por razones económicas y por falta de respaldo institucional. La experiencia dejó huella en la formación docente y en la memoria de quienes vieron en ella un modelo posible de transformación educativa. Como lo apunta Güemes (2007), la Escuela Galación Gómez encarnó una pedagogía de tipo inclusiva (p. 103).

A pesar de sus innovaciones, el proyecto fue efímero. Sólo funcionó plenamente entre 1927 y 1934, aunque su impacto fue notable. Se inscribieron más de 600 alumnos en 1928, y durante su existencia, fue modelo de experimentación pedagógica en el país (*El Nacional* 8 de marzo y 21 de junio de 1934). Su corta vida que hoy recordamos, nos permite valorarla retrospectivamente como una audaz experiencia educativa impulsada desde la Universidad. Fue, como bien decía Moisés Sáenz, un intento serio por hacer de la formación docente una práctica con sentido, y de la escuela, un lugar donde se enseñara a vivir. Pero quizás uno de los aspectos más vanguardistas del enfoque fue su visión comunitaria.

Revisitar la Escuela Galación Gómez es más que un ejercicio nostálgico, es un acto de memoria crítica que permite cuestionar cómo estamos formando a nuestros maestros, qué concepción de infancia estamos promoviendo y qué sentido le damos hoy a la palabra “educar”. La escuela, cuando olvida que trabaja con vidas humanas, corre el riesgo de convertirse en maquinaria inerte. La Escuela Galación Gómez, en cambio, fue vida; fue comunidad, fue inteligencia en acción, fue afecto organizado. Por eso su historia no debe permanecer en los márgenes de los libros, ni sus archivos en el olvido de las bibliotecas. Debe vol-

ver al centro de la conversación educativa, como ejemplo, como advertencia y como posibilidad.

La Escuela Galación Gómez además de constituirse como un eco mexicano de la Escuela Nueva; fue su tierra fértil. Ahí, el niño dejó de ser promesa y se volvió presente; cuerpo, voz, respiración, hambre, juego. La pedagogía se leyó, se tocó, se diagnosticó, se corrigió con desayuno escolar. El maestro enseñaba para el aula y desde la vida misma. Ahí donde el método se vuelve afecto, donde la evaluación era un acto de cuidado. Era una escuela que miraba el porvenir sin cerrar los ojos a las condiciones de su tiempo.

Bibliografía

- Alvarado, M. de L. (2023). La Facultad de Altos Estudios y la profesionalización del magisterio durante la administración de Vasconcelos. En S. Ramírez Tapia, A. N. Juárez Pérez y V. Carrillo Reveles (comps.), *Secretaría de Educación Pública. 100 años* (pp. 412-424). Secretaría de Educación Pública.
- Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM).
- Boletín Municipal*. (1905, 29 de julio). *Ocursos: de la señorita Sara Miranda Ruiz. Órgano especial de la Asamblea de Concejales*, xxv(51), 1.
- Chávez, E. A. (1922, 19 de septiembre). *Lo que es la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional en el sistema educativo de la República y por qué es el insustituible* [manuscrito]. Fondo ENAE, Archivo Histórico de la UNAM, caja 21, expediente 449.
- Dewey, J. (1916). *Democracy and Education: An Introduction to the Philosophy of Education*. Macmillan.
- Ducoin, P. (1990). *La pedagogía en la Universidad de México, 1881-1954* (vol. 1). Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios sobre la Universidad.
- Ducoin, P. (2004). Origen de la Escuela Normal Superior de México. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 6(6), 39-56. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- El Abogado Cristiano Ilustrado* (1902, 21 de agosto). *Bienvenida*, p. 272.
- El Abogado Cristiano Ilustrado* (1903, 18 de junio). *Notable festividad en Puebla*, pp. 198-199.
- El Abogado Cristiano Ilustrado* (1904, 16 de junio). *De regreso*, p. 190.
- El Abogado Cristiano Ilustrado* (1910, 17 de marzo). *Asociación del Instituto Normal de Puebla*, pp. 166-168.
- El Imparcial* (1902, 2 de septiembre). *Ha llegado a esta, procedente de los Estados Unidos...*, p. 3.
- El Nacional* (1931, 8 de octubre). *Exposiciones*, p. 8.
- El Nacional* (1934, 8 de marzo). *Dependerá desde hoy de la Secretaría de Educación la Escuela Normal Superior*, pp. 1, 8.
- El Nacional* (1934, 21 de junio). *Cursos para normalistas y graduados: Ayer fueron inaugurados en la Escuela Nacional de Maestros*, pp. 1, 2.

- El Nacional* (1934, 7 de diciembre). *La enseñanza técnica y el socialista*, p. 1.
- El Nacional* (1936, 4 de noviembre). *La educación de la mujer proletaria*, pp. 1, 8.
- El Nacional* (1936, 14 de noviembre). *Institución social para cooperación: La liga femenina de asistencia*, pp. 1, 5.
- El Nacional* (1936, 15 de noviembre). *Unificación de los maestros: Educación hará su crítica*, pp. 1, 7.
- El Nacional* (1949, 27 de enero). *Escuela de Corte y Confección "Corregidora de Querétaro"*, p. 4.
- El Nacional* (1951, 16 de mayo). *El Presidente rindió un emotivo homenaje al magisterio en su día*, p. 5.
- El Popular* (1904, 1 de marzo). *Interesante conferencia*, p. 4.
- Freinet, C. (1971). *La educación del trabajo*. FCE.
- González Monteagudo, J. (2001). John Dewey y la pedagogía progresista. En J. Trilla (coord.), *El legado pedagógico del siglo xx para la escuela del siglo xxi* (pp. 15-40). Editorial Graó.
- Güemes García, C. R. (2003). Una mirada en la historia. El proceso de institucionalización de la formación del docente en educación especial. En *Memorias del XI Congreso Nacional de Investigación Educativa* (pp. 1-10). Consejo Mexicano de Investigación Educativa.
- Güemes García, C. R. (2007). *Identidades, procesos e institución: El caso de la Escuela Normal de Especialización*. Tesis doctoral. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.
- Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (s. f.). *El analfabetismo en México 1895 al año 2000*. INEP. <https://inep.org/index.php/libros/8-libros/4-el-analfabetismo-en-mexico-1895-al-ano-2000>
- Medel Bello, J. O. (1988). *Los estudios de posgrado en pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México*. Tesis doctoral. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.
- Narváez, E. (2006). Una mirada a la escuela nueva. *Educere*, 10(35), 629-636.
- Pacheco, L. C. (2013). Fuimos a sembrar cultura. Los maestros y la construcción de la escuela rural mexicana. *Investigación y Postgrado*, 28(1), 87-118. Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
- Palacios, J. (1931, septiembre). La Escuela "Galación Gómez": Observaciones complementarias. *Revista de la Universidad*, (11), 427-428.
- Pérez T. C. (2021). Los antecedentes del Plantel 2 "Erasmus Castellanos Quinto" de la Escuela Nacional Preparatoria, una alternativa a la educación socialista. *La Educación socialista en México: Una colección de estudios históricos* (pp. 46-60). Asociación Interdisciplinaria para el Estudio de la Historia de México.
- Rector de la Universidad Nacional de México (1924, enero 24). *Memorándum relativo a grupos de enseñanzas indispensables en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional y a profesores que las desempeñen* [documento de archivo]. Fondo ENAE, Archivo Histórico de la UNAM, caja 21, expediente 454.
- s.a. (1931). Escuela de Demostración Pedagógica Galación Gómez. *Revista de la Universidad*, 333-339.
- UNAM (s.f.). Escuela de Demostración Pedagógica Galación Gómez [documento interno del AHUNAM]. Archivo Histórico Universitario. Reproducido en 18_EPEDAGOGICA.pdf.